

TÍTULO: *El remoto decimal*

AUTOR: Gonzalo Moure

COLECCIÓN: Gran Angular – los libros de...

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Un chico de unos doce años camina por la calle del Ángel. Mira un autobús, o a su matrícula. Es un número primo. Además, las dos primeras cifras sumadas dan una cifra que si le resta la tercera da como resultado final la última. Hay gente para la que un hallazgo como este es un pequeño tesoro. Apolo, así se llama el chico, almacena la cifra en su mente. Es para siempre.

En la otra acera una chica algo mayor que él le está contemplando. Se ha detenido junto a una farola y mira hacia Apolo con el ceño fruncido, concentrada. Trata de imaginar por qué Apolo se ha detenido en la acera mirando un autobús. Ella se llama Magga, es muy delgada y viste con osadía. Si no fuera por eso, casi nadie repararía en ella. Salvo Apolo; pero él no puede verla, está de espaldas.

En dirección contraria, pero en la misma calle del Ángel, una mujer se mueve entre los peatones con la vista en el cielo. En él se ve, si se busca, una pálida oblea. Es la luna, pero como es de día y ya hay sol, parece pequeña. Salvo la mujer, nadie en la ciudad la mira. Ella también se llama así: Luna.

Ahora la clase está acabando, pero aún quedan unos minutos. Apolo está sentado, como siempre, en el rincón más discreto del aula, y solo. Magga se encuentra mucho más adelante, en la misma mesa que un chico que no para quieto. Tiene un mechón blanco en su pelo pajizo, y el mechón danza por encima de todas las cabezas. La profesora habla del libro que todos han tenido que leer, una novela que Apolo ha despreciado y que ha leído en diagonal, en unos minutos: le basta esa mirada rápida. Se trata de comentar el libro, la profesora pide opiniones. Apolo no da ninguna, pero Magga sí; Magga suele decir lo que él querría decir casi siempre, y esta vez no es una excepción: 'Es un libro vacío', opina.

La profesora, que teme las opiniones de Magga, su capacidad de análisis y, sobre todo, sus preguntas, se muestra de acuerdo: muchas hojas para pocas cosas. Empieza por intentar justificarse, pero al final cede: sonríe y se excusa; elegirá mejor las lecturas. Añade que no hace falta escribir mucho, que aunque se escriba poco ese poco puede decir más que una novela gruesa. Parece recordar algo y escribe en la pizarra lo que llama 'una novela muy breve'.

Apolo presta atención: ¿una novela en la pizarra? Lo duda, pero atiende. La maestra desliza la tiza: La gacela pensó que el tigre era hermoso, un segundo antes.

Punto, fin de la novela.

La mayoría de los alumnos están perplejos, parlotean, se ríen. Magga y Apolo, cada uno desde su sitio, atienden.

La profesora espera, sonriente. Luego dice:

-Ya veis, hay planteamiento: la gacela y el tigre se encuentran en la selva; él la huele, ella lo ve. Hay nudo, conflicto: ella es presa, él es cazador. Pero a la gacela el tigre le parece hermoso. Hay erotismo -se oyen risitas en el aula cuando ella dice 'erotismo'-, y también hay tensión, ¿qué va a pasar?

El autor de esta novela tan breve -prosigue la profesora- expresó esa tensión con el elemento más pequeño posible: una coma. En esa coma -asegura- se acumula todo el drama: hay erotismo esta vez no hay risas y tal vez amor, pero también hay peligro. Y después, la conclusión, tan terrible como sugerida: 'un segundo antes'. Todos entienden lo que pasa un segundo después; no hay sangre, no hay pelea, no hay mordisco. Pero donde antes había amor, ahora hay muerte.

Deja que la palabra 'muerte' se pose sobre las cabezas de los alumnos; sabe, o cree saber, que para ellos es una palabra abstracta, muy lejana.

-Fin, y de nuevo de la manera más breve: un punto.

Apolo piensa con emoción roja, y en su mente quita los artículos: 'Gacela pensó que Tigre era hermoso, un segundo antes'.

Los animales se convierten así en personajes, en personas.

Mira a hurtadillas a Magga, espera captar una mirada suya, pero ella está atenta a la pizarra y a la profesora, con expresión concentrada. Apolo sueña con que él es Tigre y Magga es Gacela. Sueña que Magga le ve hermoso. Pero eso no es posible, porque Apolo se ve a sí mismo feo, insustancial: no es verdad, aunque tampoco se puede decir que Apolo sea un chico muy atractivo. Es un tipo corriente, un poco invisible, pero no feo. Sin embargo, él se ve como un bicho; el Bicho Candado, se llama a sí mismo. Lo de Candado, al menos, es verdad: está cerrado como un candado, no permite que nadie sepa, nunca, lo que piensa. En realidad, ni siquiera habla; apenas lo imprescindible, muchas veces ni siquiera eso.

Magga es todo lo contrario, la persona más abierta que ha conocido Apolo. Y más inteligente, si no se cuenta a sí mismo. Es casi dos años mayor que él, va a cumplir los catorce. No los aparenta porque es pequeña y muy frágil. Sus huesos parecen huesos de pájaro, se marcan en su piel morena. Pero tiene casi catorce, y la edad de Magga, esos casi dos años de diferencia, son un abismo. Comparten curso porque vino con sus padres de la India (nada menos) sin haber ido nunca a la escuela, y ha tenido que ir recuperando cursos a toda velocidad. Sin haber ido a la escuela y además, enferma: tanto, que llegó el año anterior en silla de ruedas. Ahora ya camina. Y cómo camina: en Apolo, esa forma de caminar despierta algo desconocido, algo que, en su complicada mente, le lleva a la selva. Le perturba, pero le gusta. 'La coma de la que hablaba la profesora', piensa Apolo.

Pero a veces no sabe si él es Gacela y Magga, Tigre, o al revés: en ocasiones se siente así: Gacela, la presa.

La clase acaba, la profesora se va; deja con sus dudas a Apolo, conmocionado. Magga, Gacela. Magga, Tigre. No está seguro.